

----- EL RÍO DE LOS CASTORES -----

Había una vez un río de aguas claras que atravesaba un inmenso bosque, tan inmenso era el bosque que a nadie se le había ocurrido pensar que pudiese tener un final. El río dejaba beber de sus aguas a todos los animales, plantas y árboles que allí habitaban. Pero si alguien era capaz de entender al río y ser su verdadero amigo, ese era Moi, un pequeño castor. Moi trabajaba junto a sus hermanas y hermanos en una gran presa en el centro del río. Todas las tardes nadaba tranquilamente en sus aguas y charlaba con él durante mucho rato. Moi estaba muy feliz de ser el mejor amigo de “Gran Hermano”, que era el nombre del río. Algunas noches, toda la colonia de castores se reunía en la Consejo Nocturna y tomaban grandes decisiones. Y así, transcurría feliz la vida en el bosque, hasta que un día ocurrió algo desastroso. ¡Gran Hermano estaba enfermo!



Sus aguas limpias y claras, ahora estaban turbias y sucias. El tiempo pasaba y el río empezó a enfermarse más, algunos animales enfermaban al beber de sus aguas.

Moi lloraba todas las tardes, su pobre amigo gemía de dolor y tristeza y no sabía qué hacer para remediarlo.

Algunos castores fueron a ver a Kalú, el búho sabio del bosque. Pero el viejo búho tampoco sabía que le pasaba al río, solo pudo aconsejarles que remontaran el río para poder descubrir así dónde nacía su enfermedad. Aquella noche en la Consejo Moi se ofreció voluntario para salir en busca del mal que acechaba a su amigo, y con el apoyo de toda la colonia, se embarcó en una gran aventura.

Era muy de mañana cuando Moi se despidió de los suyos y comenzó a remontar el río. Al llegar el mediodía, estaba tan cansado que decidió acostarse a la sombra de un árbol, con tan mala suerte que se sentó encima de dos presumidas y antipáticas flores. Moi les preguntó preocupado por la enfermedad del río, pero con desprecio le dijeron que no les importaba aquello que le pasaba al río.

Moi siguió su camino apenado, a medida que andaba y andaba siempre veía agua negra, recodo tras recodo. Se hizo de noche y de nuevo volvió a acurrucarse a dormir en las raíces de un árbol. A la mañana siguiente los árboles preguntaron a Moi qué hacía allí, tan lejos de su madriguera. El castor les contó su preocupación por el río y les pidió ayuda. Pero antes de que pudieran decir nada, apareció entre las ramas un pequeño gorrión. Salki le dijo a Moi que había volado muy lejos río arriba y que sabía que la enfermedad de Gran Hermano venía de cerca del lugar de donde nace, seguidamente, se ofreció a acompañarle. Moi estaba muy feliz de tener un compañero de viaje, durante varios días anduvieron cruzando valles y colinas, hasta que llegaron hasta los pantanos. Allí se despidieron tras un dulce abrazo, y Moi continuó su aventura.

Días y noches tuvieron que pasar para que el valiente castor saliera de la zona pantanosa, consiguió regresar junto al cauce de su amigo enfermo y decidió nadar a contracorriente para preguntarle cómo estaba. Justo al girar un recodo, se encontró a Rebrú el oso. No perdió la oportunidad de preguntarle si sabía lo que estaba sucediendo. Rebrú y sus amigos también sentían la enfermedad, el río era su fuente de vida y sin él no sabían qué hacer, pero no tenían solución a su problema. Moi se entristeció ante aquella respuesta y siguió su camino por las aguas negras. Al cabo de dos noches, el pequeño castor oyó unos extraños ruidos en el claro del bosque donde estaba durmiendo. En el centro del claro se hallaba sentado un ridículo animal de pies negros y relucientes, de los cuales sólo usaba dos para caminar. Moi no tuvo ninguna duda, los viejos castores tenían razón; Aquel extraño animal era Ma, el hombre. Ma se puso de pie y cogió un misterioso objeto entre sus manos, se dirigió a un árbol y lo apoyó contra su tronco.

Un ruido espantoso rompió la paz de la noche y Moi pudo comprobar con horror que Ma estaba cortando la vida del pobre árbol. No entendía por qué existía un ser tan malvado que mataba a los árboles, pero sospechaba que Ma tenía algo que ver con la enfermedad de su

amigo. El pequeño castor continuó su búsqueda, pero cada día estaba más y más cansado. Una mañana descubrió con sorpresa que el bosque había terminado. No había más árboles, sólo una inmensa llanura. Decidió seguir por el río de nuevo porque la llanura era un espacio muy amplio y temía ser descubierto. Junto a la orilla pudo ver las madrigueras feas y macizas que debían ser del hombre.

Al cabo de unos días pensó que tal vez podría descubrir qué estaba pasando con el río que salía de él y se adentraba en el bosque de Ma. Tuvo suerte y enseguida se encontró con Ras, el gato callejero de la ciudad. Ras vio al pequeño castor tan asustado que decidió hacerse su amigo para protegerlo. También le enseñó lo suficiente para poder sobrevivir allí, y le prometió ayudarlo a encontrar el mal del río. Después de muchos días juntos, los dos amigos llegaron a las afueras de la ciudad, donde todo era gris y feo, y sólo se podía ver las madrigueras enormes que echaban humo. Entonces entendieron que eran ellas las culpables del estado del río. Las fábricas soltaban la basura en sus aguas sin ningún cuidado, pero más arriba de las fábricas, el agua aún era transparente y limpia.

Moi lloró una vez más, pero esta vez porque supo con seguridad que él solo jamás curaría al Gran Hermano. Mientras Ras y Moi seguían allí observando, la hormiga Barú pasó frente a ellos con su pequeña mochila de viajera, y comprendió enseguida por qué lloraban. Dejó de caminar y se sentó junto a ellos.

Los tres se pusieron a pensar cuál podía ser la solución para salvar la vida del río y de todos los habitantes del bosque...

¿Qué podían hacer?

